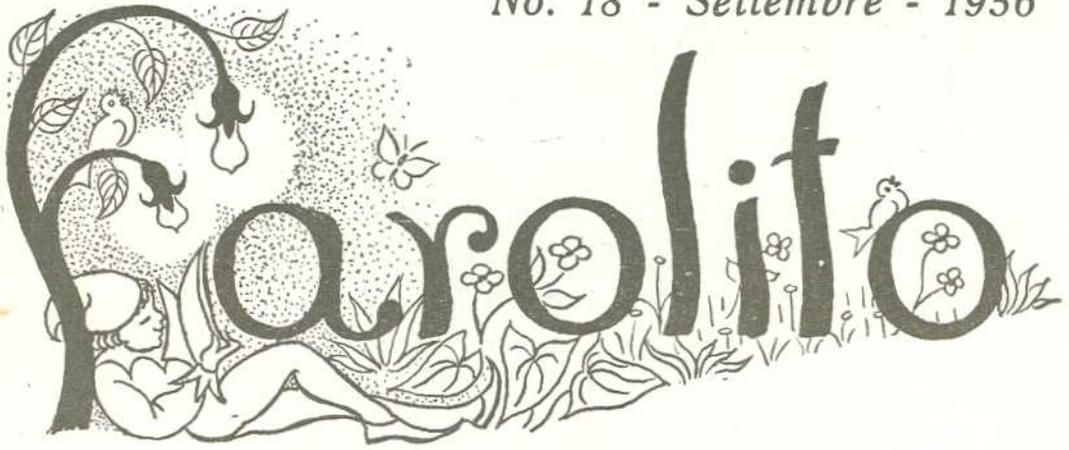


No. 18 - Setiembre - 1956



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

NO TE PARES A COGER FLORES

Rabrinanath Tagore

No te pares a coger flores por
guardarlas, sino camina y camina,
que las flores se guardarán a sí mismas,
floreciendo en toda tu jornada.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

No te pares a coger flores	1
Canción del niño que vuela	2
La niña lista	3
Nuestro País	8
La maestrita del vestido rosa	9
¡Chivito, chivito!	11

SEPTIEMBRE 1956

NUMERO 18

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

¢ 0.20

CANCION DEL NIÑO QUE VUELA

El niño dormido está,
¡y qué sueño está soñando!
¿Qué sueña? Sueña que vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!

Abre los brazos, los mueve
como un ave, y va volando....
¿Qué sueña? Que no es un sueño.
¡Qué bien se vuela soñando!

En la cuna quieto está.
Pero sonrío, soñando.
¿Qué sueña? Que vuela, vuela.
¡Qué bien se vuela soñando!

José Sebastián Tallon



LA NIÑA LISTA

Dos hermanos marchaban juntos por el mismo camino. Uno de ellos era pobre y montaba una yegua; el otro, que era rico, iba montado sobre un caballo.

Se pararon para pasar la noche en una posada y dejaron sus monturas en el corral. Mientras todos dormían, la yegua del pobre tuvo un potro, que rodó hasta debajo del carro del rico. Por la mañana el rico despertó a su hermano, diciéndole:

—Levántate y mira. Mi carro ha tenido un potro.

El pobre se levantó, y al ver lo ocurrido exclamó:

—Eso no puede ser. ¿Dónde se ha visto que de un carro pueda nacer un potro? El potro es de mi yegua.

El rico le repuso:

—Si lo hubiese parido tu yegua, estaría a su lado y no debajo de mi carro.

Así discutieron largo tiempo y al fin se dirigieron al tribunal. El rico sobornaba a los jueces dándoles dinero, y el pobre se apoyaba solamente en la razón y en la justicia de su causa.

Tanto se enredó el pleito, que llegaron hasta el mismo zar, quien mandó llamar a los dos hermanos y les propuso cuatro enigmas:

—¿Qué es en el mundo lo más fuerte y rápido?

—¿Qué es lo más gordo y nutritivo?

—¿Qué es lo más blando y suave?

—¿Qué es lo más agradable?

—Y les dió tres días de plazo para acertar las respuestas, añadiendo:

—El cuarto día venid a darme la contestación.

El rico reflexionó un poco y, acordándose de su comadre, se dirigió a su casa para pedirle consejo. Esta le hizo sentar a la mesa, convidándole a comer, y, entretanto, le preguntó:

—¿Por qué estás tan preocupado, compadre?

—Porque el zar me ha dado, para resolver cuatro enigmas, un plazo de tres días.

—¿Y qué enigmas son?

—El primero, ¿qué es en el mundo lo más fuerte y rápido?

—¡Vaya un enigma! mi marido tiene una yegua torda que no hay nada más rápido; sin castigarla con el látigo alcanza a las mismas liebres.

—El segundo enigma es: ¿Qué es lo más gordo y nutritivo?

—Nosotros tenemos un cerdo al que estamos cebando hace ya dos años, y se ha puesto tan gordo que no puede tenerse de pie.

—El tercer enigma es: ¿Qué es lo más blando y suave?

—Claro que el lecho de plumas ¿Qué puede haber más blando y suave?

—El último enigma es el siguiente: ¿Qué es lo más agradable?

—¡Lo más agradable es mi nieto Ivanuchka!

—Muchas gracias, comadre. Me has sacado de un gran apuro; nunca olvidaré tu amabilidad.

Entretanto el hermano pobre se fue a su casa vertiendo amargas lágrimas. Salió a su encuentro su hija, una niña de siete años y le preguntó:

—¿Por qué suspiras tanto y lloras con tal desconsuelo, querido padre?

—¿Cómo quieres que no lllore cuando el zar me ha propuesto cuatro enigmas que ni siquiera en toda mi vida podría adivinar y debo contestarle dentro de tres días.

—Dime cuáles son.

—Pues son los siguientes, hijita mía: ¿Qué es en el mundo lo más fuerte y rápido? ¿Qué es lo más gordo y nutritivo? ¿Qué es lo más blando y suave? ¿Qué es lo más agradable?

—Tranquilízate padre. Ve a ver al zar y dile: "Lo más fuerte y rápido es el viento. Lo más gordo y nutritivo, la tierra, pues alimenta a todo

lo que nace y vive. Lo más blando, la mano: el hombre, al acostarse, siempre la pone debajo de la cabeza a pesar de toda la blandura del lecho; y ¿qué cosa hay más agradable que el sueño?"

Los dos hermanos se presentaron ante el zar, y éste, después de haberles escuchado, preguntó al pobre:

—¿Has resuelto tú mismo los enigmas o te ha dicho alguien las respuestas?

El pobre contestó:

—Majestad, tengo una niña de siete años que es la que me ha dicho la solución de tus enigmas.

—Si tu hija es tan lista, dale este hilo de seda para que me teja una toalla con dibujos para mañana.

El campesino tomó el hilo de seda y volvió a su casa más triste que antes.

—¡Dios mío, qué desgracia! —dijo a la niña—. El zar ha ordenado que le tejas de este hilo una toalla.

—No te apures, padre— le contestó la chica.

Sacó una astilla del palo de la escoba y se la dió a su padre, diciéndole:

—Ve al palacio y dile al zar que busque un carpintero que de esta astilla me haga un telar para tejer la toalla.

El campesino llevó la astilla al zar, repitiéndole las palabras de su hija. El zar le dió ciento cincuenta huevos, añadiendo:

—Dale estos huevos a tu hija para que los empolle y me traiga mañana ciento cincuenta pollos.

El campesino volvió a su casa muy apurado.

—¡Oh hijita! Hemos salido de un apuro para caer en otro.

—No te entristezcas, padre —dijo la niña—.

Tomó los huevos y se los guardó para comérselos, y al padre le envió otra vez al palacio:

—Di al zar que para alimentar a los pollos necesito tener mijo de un día; hay, pues, que labrar el campo, sembrar el mijo, recogerlo y trillararlo, y todo esto debe ser hecho en un solo día, porque los pollos no podrán comer otro mijo.

El zar escuchó con atención la respuesta y dijo al campesino:

—Ya que tu hija es tan lista, dile que se presente aquí; pero que no

venga ni a pie ni a caballo, ni desnuda ni vestida; sin traerme regalo, pero tampoco con las manos vacías.

“Esta vez —pensó el campesino— mi hija no podrá resolver tantas dificultades. Llegó la hora de nuestra perdición”.

—No te apures, padre— le dijo su hija cuando llegó a casa y le contó lo sucedido. Busca un cazador, cómprale una liebre y una codorniz vivas y trámelas aquí:

El padre salió, compró una liebre y una codorniz y las llevó a su casa.

Al día siguiente, por la mañana, la niña se desnudó, se cubrió el cuerpo con una red, tomó en la mano la codorniz, se sentó en el lomo de la liebre y se dirigió al palacio.

El zar salió a su encuentro a la puerta y la niña le saludó diciendo: —¡Aquí tienes, señor, mi regalo!

Y le presentó la codorniz. El zar alargó la mano; pero en el momento de ir a cogerla echó a volar aquélla.

—Está bien— dijo el zar— Lo has hecho todo según te había ordenado. Dime ahora: tu padre es pobre, ¿cómo vivís y con qué os alimentáis?

—Mi padre pesca en la arena de la orilla del mar, sin poner cebo, y yo recojo los peces en mi falda y hago sopa con ellos.

—¡Qué tonta eres! ¿Dónde has visto que los peces vivan en la arena de la orilla? Los peces están en el agua.

—¿Crees que eres más listo tú? ¿Dónde has visto que de un carro pudiera nacer un potro?

—Tienes razón— dijo el zar, y adjudicó el potro al pobre.

En cuanto a la niña, la hizo educar en su palacio, y cuando fue mayor se casó con ella, haciéndola zarina.



NUESTRA BANDERA

NUESTRO PAIS

Costa Rica cumple el 15 de Setiembre del presente mes ciento treinta y cinco años de vida independiente.

Cristóbal Colón la descubrió en Setiembre de 1502 cuando tuvo ante su vista nuestra costa del Atlántico, y cuando al observar la vegetación de la isla de La Uvita, la llamó la Huerta.

El 18 del mismo mes detuvo sus embarcaciones para dar descanso a sus tripulantes en la Bahía de Limón que los indios llamaban entonces Cariarí. Estos, al darse cuenta de que los españoles no tenían intención de hacerles daño se acercaron y los invitaron "desde la playa a comerciar, mostrándoles sus mantas de algodón." Bartolomé, hermano de Cristóbal Colón desembarcó con un grupo de sus soldados para reconocer el lugar y establecer relaciones con los indios; siendo muy bien recibido por ellos. En la Bahía de Limón permaneció Cristóbal Colón por diecisiete días.

Desde 1524 se establecieron los primeros españoles en nuestro territorio iniciando su conquista y más tarde su colonización.

Bajo el dominio de España estuvo el país alrededor de tres siglos, desde 1524 hasta el 15 de Setiembre de 1821, día en que en la ciudad de Guatemala se declaró la independencia de Centro América.

Nuestro país es tan antiguo como esta tierra que nos da el sustento y la alegría de vivir, y de ella, y de los hombres que la poblaron, los indios y sus antepasados, de los españoles más tarde y de los demás antecesores recibimos la herencia de la cultura.

Nuestro país es viejo y nuevo al mismo tiempo. Mantiene su juventud, cuando el costarricense aprovecha lo bueno del pasado y enriquece el presente con mayores medios de bienestar para todos.



LA MAESTRITA DEL VESTIDO ROSA

Alfredo R. Bufano

Todas las mañanas por la misma calle
del pobre suburbio pasa la maestra.
La dulce maestra del vestido rosa
con sus ojos tristes y su cara seria.

Va siempre de prisa, como temerosa
de hacerse esperar en la escuela.
Lleva en una mano la enorme cartera
llena de papeles, útiles, cuadernos
que todos los días se trae y se lleva
para revisarlos en las horas libres. .
que su casa y su clase le dejan.

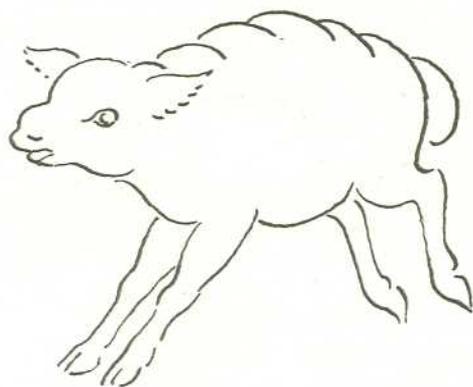
A veces los niños le salen al paso;
entonces su cara se pone de fiesta
y las claras voces de los colegiales
l'enan... de alegría la triste calleja.

“Déme los cuadernos a mí, señorita”
“A mí señorita, yo tengo más fuerza”.
“Señorita, tome, son rosas de casa,
para usted las corté de la huerta”.
Y la señorita del vestido rosa sonrío...
como una beatífica abuela.

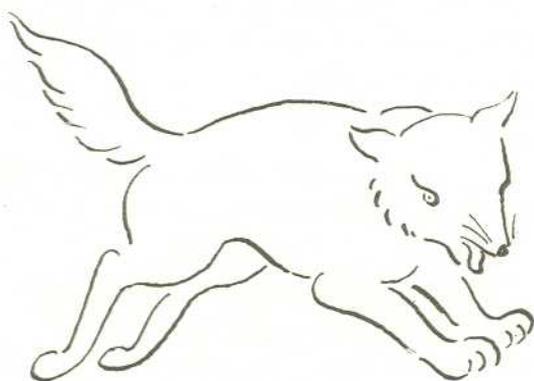
En las crudas mañanas de invierno,
cuando el frío y los vientos arrecian
se la ve, levemente encorvada,
caminar por las calles desiertas,
con sus ojos tristes,
y su cara seria,
y en las manos nerviosas y finas
la enorme y pesada cartera.

En setiembre su cara de monja
se enroja, se aviva, se alegra
como el duraznero de ramas hirsutas
en las mañanitas de la primavera.
Es más ágil y firme su paso
por la calle que lleva a la escuela.
Sus ojos se tornan más hondos y dulces,
se hacen más extensas sus suaves ojeras,
pero igual que en las crudas mañanas de invierno
en que fríos y vientos arrecian,
brilla ya, en el fondo de sus ojos garzos,
la llamita tenue de una antigua pena.
De una pena oculta,
callada,
secreta,
que no ha conseguido borrar la clara gloria
matutina de la primavera.

Y así diariamente, por la misma calle
del pobre suburbio, pasa la maestra;
la dulce maestra del vestido rosa,
con sus ojos tristes y su cara seria,
para ir a enclaustrarse, tres horas,
en las bullangueras aulas, donde cuida niños
que son de otras madres,
porque Dios no quiso por santa y por buena,
que ella los tuviera.
Y la maestría del vestido rosa
sin ser nunca ni madre ni abuela,
insensiblemente, sin notarlo acaso,
sin una caricia, sin una protesta,
rodeada de alegres caritas de niños,
se va haciendo vieja
se va haciendo vieja...

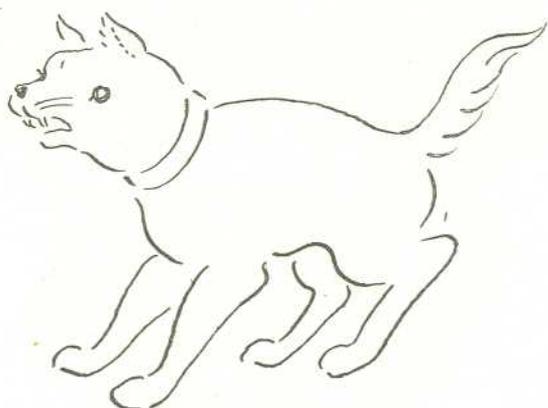


¡CHIVITO, CHIVITO!

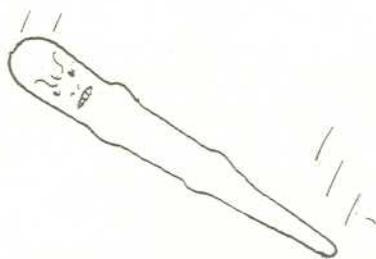


¡Mi padrecito—compró un chivito!
en dos nacionales—¡Chivito, chivito!
Vino un lobo, lobito—que comió al chivito
que mi padrecito—compró en dos pesitos

¡Chivito, chivito!

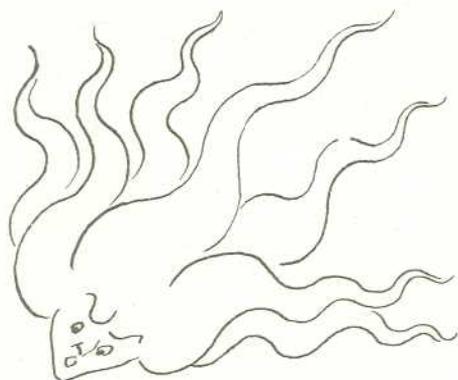


Vino un perro, perrito—que comió al lobito
que comió al chivito—que mi padrecito
compró en dos pesitos—¡Chivito, chivito!



Vino un palo, palito—que pegó al perrito
que comió al lobito—que comió al chivito
que mi padrecito—compró en dos pesitos.

¡Chivito, chivito!

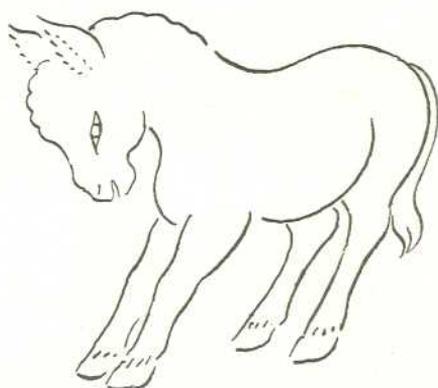


Vino el fuego, fueguito—que quemó al palito
 que pegó al perrito—que comió al lobito
 que comió al chivito—que mi padrecito
 compró en dos pesitos—¡Chivito, chivito!



Vino el agua, agüita—que apagó al fueguito
 que quemó al palito—que pegó al perrito—
 que comió al lobito—que comió al chivito
 que mi padrecito—compró en dos pesitos.

¡Chivito, chivito!



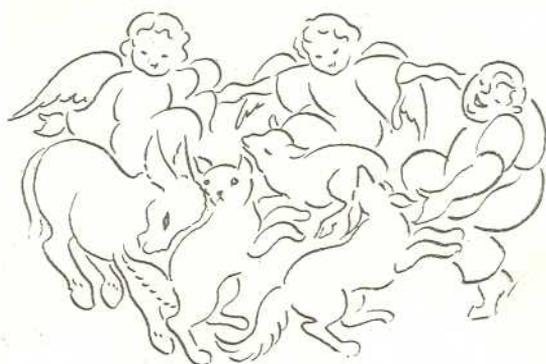
Vino un burro, burrito—que bebió el agüita
 que apagó el fueguito—que quemó al palito
 que pegó al perrito—que comió al lobito
 que comió al chivito—que mi padrecito
 compró en dos pesitos—¡Chivito, chivito!



Vino el carnicero, carnicerito—que mató al burrito
 que bebió el agüita—que apagó el fueguito
 que quemó al palito—que pegó al perrito
 que comió al lobito—que comió al chivito
 que mi padrecito—compró en dos pesitos
 ¡Chivito, chivito!

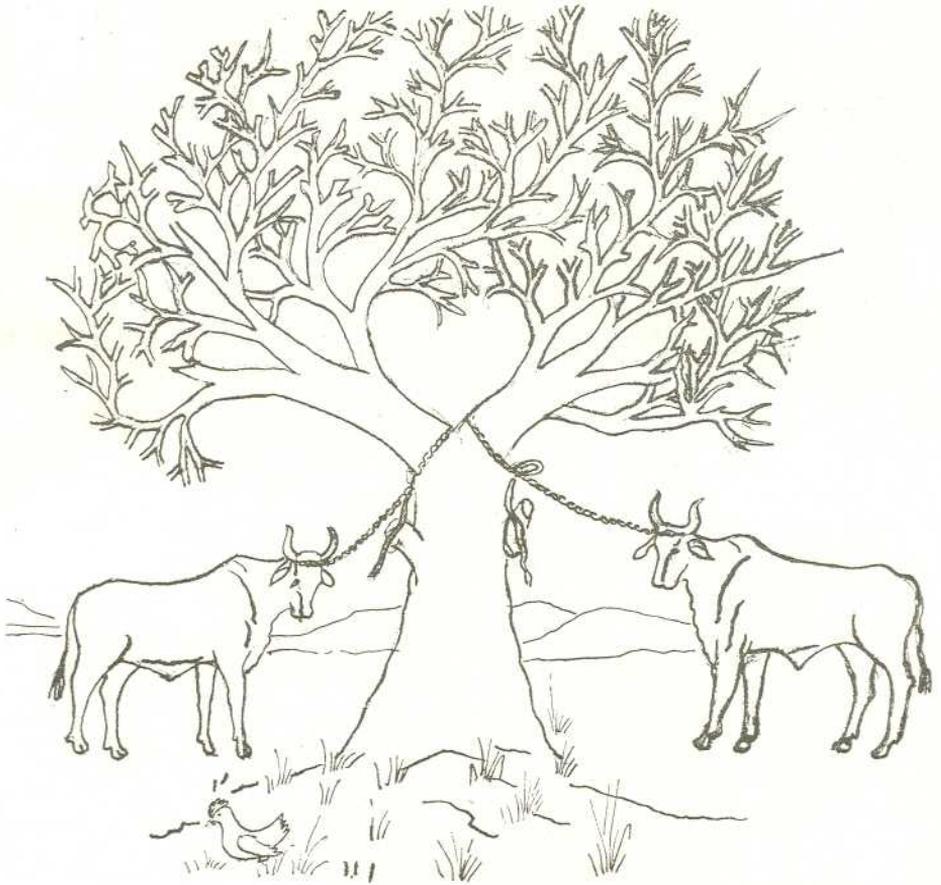


Vino un angelito—que mató al carnicerito
 que mató al burrito—que bebió el agüita
 que apagó el fueguito—que quemó al palito
 que pegó al perrito—que comió al lobito
 que comió al chivito—que mi padrecito
 compró en dos pesitos—¡Chivito, chivito!



Y el perro, perrito,
 y el lobo, lobito,
 y el palo, palito,
 y el agua, agüita,
 y el burro, burrito,
 y el carnicerito
 y en medio el chivito,
 bailaron la ronda
 con los angelitos.

Juan Francisco Jáuregui

PAGINA DE LOS NIÑOS

Luis A. Alvarado M. — VI Grado.
Escuela de Venecia, San Carlos.